HARLEQUIN™

Jazmín™



Más que un trato

LIZ FIELDING



Más que un trato

LIZ FIELDING



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Liz Fielding. Todos los derechos reservados.
MÁS QUE UN TRATO, N.º 2354 - septiembre 2010
Título original: SOS: Convenient Husband Required
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9030-4
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

MAY Coleridge fijó su mirada perdida en el hombre sentado tras la mesa, tratando de comprender lo que acababa de decirle.

El testamento de su abuelo era muy claro. Además de algunas donaciones a obras de caridad, había dejado todos sus bienes a su único familiar: ella.

Los impuestos de sucesión acabarían con todo, incluida la casa. Siempre había sabido que eso pasaría. Coleridge House era el único hogar que había tenido y ahora, debido a una cláusula centenaria, estaba a punto de perderlo todo.

–No entiendo –dijo admitiendo por fin la derrota–. ¿Por qué no me dijiste todo esto cuando leíste el testamento de mi abuelo?

–Como bien sabrás –le explicó Freddie Jennings con exagerada pomposidad–, mi tío abuelo se ocupó de los asuntos legales de tu abuelo hasta que se retiró. Su último testamento fue redactado después de la muerte de tu madre…

–De eso hace treinta años –protestó.

–Créeme –dijo él encogiéndose de hombros–. Me sorprendí tanto como tú cuando me enteré.

–Lo dudo. Los Jennings habéis sido los abogados de la familia Coleridge durante generaciones –dijo ella–. ¿Cómo no ibas a saber esto?

Incómodo, Freddie se agitó en su asiento.

–Algunos de los archivos de los Coleridge se estropearon durante las inundaciones de hace unos años. Ha sido a raíz de iniciar el juicio de testamentaría cuando he descubierto esta curiosa condición en el testamento.

May se sentía como si estuviera pisando arenas movedizas. Había intentado creer que todo aquello era un error, pero al parecer, estaba equivocada.

Todo lo que conocía, todo lo que amaba iba a serle quitado…

–La última vez que esta condición se aplicó fue cuando tu bisabuelo murió en 1944 –continuó Freddie, como si aquel detalle tuviera importancia–. Tu abuelo tuvo que conocerla entonces.

–En 1944 mi abuelo era un muchacho de catorce años que acababa de perder a su padre –dijo, a punto de perder la compostura al darse cuenta del intento de Freddie de justificar su incompetencia–. Y dado que se casó a los veintitrés, eso no debió de ser un problema.

Y para cuando lo había sido, la enfermedad que lo había incapacitado le había dejado grandes lagunas en sus recuerdos y no había podido advertirla. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta, tratando de evitar que le cayeran las lágrimas.

–Por aquel entonces, la gente se casaba mucho más joven –añadió.

–En aquella época, no había más alternativa.

–No…

Su madre se había unido al movimiento feminista. Había pertenecido a una de las primeras generaciones de mujeres en abandonar los dictados de la sociedad patriarcal y elegir su propio camino. *La maternidad sin los inconvenientes de un marido,* había sido el título de

uno de los muchos artículos que había escrito sobre la materia.

Sin embargo, ella había tenido otras prioridades.

–Tienes que admitir que es extraño, Freddie. ¿Puedo impugnarlo?

–Tendré que pedir la opinión del consejo, pero aunque vayas a los tribunales, hay un problema.

–Creo que ambos estamos de acuerdo en que tengo un problema.

Él se quedó pensativo y May se limitó a sacudir la cabeza.

–No puede quedar ninguna duda de que esta restricción para heredar tuvo que ser explicada a tu abuelo cada vez que hizo testamento: después de su matrimonio, del nacimiento de tu madre, de la muerte de tu abuela… Podía haber hecho algo entonces para retirar esa restricción, pero decidió mantenerla.

–¿Por qué? ¿Por qué iba a hacerlo?

Freddie se encogió de hombros.

–Quizá porque era una tradición familiar. Yo le habría aconsejado que la quitara, pero mi tío abuelo y tu abuelo eran de otra época. Veían las cosas de manera diferente.

–Aun así…

–Tuvo tres oportunidades para quitar esa condición y el Estado alegaría que su intención era dejarla como estaba. Podríamos alegar que, si no hubiera tenido el derrame cerebral, si se hubiera percatado de la situación en la que te encontrabas, lo habría cambiado –dijo Freddie en un intento por consolarla.

–Si no hubiera tenido el derrame, ahora estaría casada con Michael Linton –replicó.

«Convenientemente casada», como solía decir su abuelo. No como su madre…

–Lo siento, May. Lo único que puedo asegurarte es que sea como sea, los costes serían elevados y, como sabes, no hay dinero en la herencia que pueda cubrirlos.

–Me has dicho que de todas formas voy a perder la casa, que haga lo que haga, la perderé.

–Los únicos que siempre ganan en una situación como ésta con los abogados –admitió–. Por suerte, con la venta del mobiliario de la casa obtendrás suficiente para, una vez pagado el impuesto de sucesiones, comprarte un piso o incluso una casa pequeña.

–¿Quieren los impuestos y la casa?

–Las dos cosas van por separado.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de creer que aquello estaba ocurriendo.

–Si fuera a parar a una entidad benéfica, lo comprendería, pero que mi casa acabe en manos de las arcas del Estado…

–Tu antepasado otorgó testamento a comienzos del siglo XIX. El país estaba en guerra y él era un patriota.

–Venga, por favor. No era sino una manera de chantajear a su hijo mujeriego, de conseguir que sentara la cabeza y tuviera hijos.

–Quizá. Pero fue añadido como una condición para ser propietario y nadie nunca lo puso en cuestión. Todavía hay tiempo, May. Puede que te cases.

–¿Me estás haciendo una propuesta?

–Por desgracia, la bigamia no es legal.

–¿No estás viéndote con nadie? –preguntó esperanzado.

Ella sacudió la cabeza. Tan sólo había habido un hombre que había encendido un fuego en su corazón y en su cuerpo.

–Entre cuidar a mi abuelo y dirigir mi negocio, me

temo que no he tenido demasiado tiempo para ver a nadie –contestó–. Bueno, conozco a Jed Atkins, que se ocupa de cuidar mi jardín de vez en cuando. Pero tiene más de setenta años y tendría que enfrentarme a una dura competencia.

–¿Competencia?

–Según tengo entendido, está muy solicitado entre las damas del club.

May comenzó a reír. Aquella situación parecía irreal. ¿Cómo hacer que se lo tomara en serio?

–May, creo que será mejor que te lleve a casa.

–Supongo que no tendrás ningún cliente dispuesto a casarse por conveniencia y quedarse a vivir en el campo, ¿verdad? –preguntó, mientras Freddie la acompañaba fuera de su oficina temiendo que en cualquier momento se pusiera histérica.

Pero no tenía de qué preocuparse. Era una Coleridge. Mary Louise Coleridge, de la dinastía Coleridge, educada para servir a su comunidad y mantener la compostura en todas las situaciones. No iba a ponerse histérica sólo porque Freddie Jennings le hubiera dicho que estaba a punto de perderlo todo.

–Si estás dispuesta a buscar un marido –dijo mientras le sujetaba la puerta del coche–, asegúrate de que firma un acuerdo prematrimonial o tendrás que pagarle un dineral para deshacerte de él.

–Hazte a la idea de que es un asunto perdido –dijo y dando un paso atrás, prosiguió–: De hecho, prefiero volver a casa caminando. Necesito aire fresco.

Freddy dijo algo, pero ella ya se había marchado. Necesitaba estar sola y pensar. Sin Coleridge House, no sólo perdería su hogar, sino también su sustento. Al igual que Harriet Robson, la mujer que había sido el

ama de llaves de su abuelo durante más de treinta años y lo más cercano a una madre que había conocido.

Tendría que buscar un trabajo y un sitio donde vivir. O encontrar un marido.

Compró el periódico para leer los anuncios de las ofertas de trabajo y las ventas de inmuebles. Qué ironía. No había empleos para una mujer que, a punto de cumplir treinta años, no tenía formación. Y el precio de las viviendas en Maybridge estaba por las nubes. Los anuncios de búsqueda de parejas ocupaban una amplia sección. Con una casa valiosa como incentivo, un marido parecía la opción más sencilla de lograr. Pero, a tres semanas de su cumpleaños, incluso ésa iba a ser una tarea muy difícil.

Adam Wavell desvió la mirada desde la pequeña que dormía en su cochecito rosa a la nota que tenía entre las manos.

Perdón. Debería haberte hablado de Nancie, pero te habrías enfadado conmigo…

Enfadado con ella. Claro que se hubiera enfadado con ella.

–¿Algún problema?

–Ni que lo digas.

Por primera vez desde que contratara a Jake Edwards como su asistente personal, se arrepentía de no haber elegido a una de aquellas mujeres que habían solicitado el trabajo. Cualquiera de ellas ya estaría pendiente de la criatura. Se habría hecho cargo y le habría dejado seguir dirigiendo su compañía.

–Mi hermana tiene una crisis.

–No sabía que tuviera una hermana.

No. Se había esforzado por mantener al margen a su familia.

–Se llama Saffy y vive en Francia.

Probablemente, estaba viviendo de la renta que sacaba subarrendando el piso que le había alquilado en París, puesto que no le había pedido dinero, al menos, todavía.

Al parecer se había mudado a vivir con el padre del bebé, una relación que había decidido ocultarle y que ahora parecía estar haciendo aguas.

Hablaban en muy pocas ocasiones y, si se sentía acorralada por sus preguntas, le colgaba. Era su vida y mientras la viera feliz, no curiosearía. Con veintinueve años, era lo suficientemente madura como para haber dejado atrás sus años locos y haber sentado la cabeza. Era evidente, pensó mientras releía la carta, que se había estado engañando a sí mismo.

Me he metido en un problema muy gordo, Adam…

Problemas. Nada nuevo. Su hermana era toda una experta en ellos.

La familia de Michel me ha puesto sabuesos. Se han enterado de todos los problemas que tuve en mi juventud, de los robos en tiendas, de las drogas y lo están usando para ponerlo en mi contra. Ha conseguido una orden judicial para impedir que saque a Nancie de Francia y va a alejarla de mí…

No. Aquello no estaba bien. Llevaba años limpia. ¿O seguía engañándose a sí mismo?

Un amigo nos ha ayudado a escapar de Francia, pero no puedo esconderme con un bebé, así que voy a dejarla contigo…

Escapar a Francia e ignorar una orden judicial, además de privar a un padre de estar con su hijo. ¿Cuántos delitos implicaba todo aquello? Ahora estaba a punto de verse involucrado.

Estaba sentado en su sala de juntas discutiendo los últimos detalles del mayor contrato de su carrera y al minuto siguiente su vida se veía saboteada por su familia y no por vez primera.

Voy a desaparecer durante una temporada…

No era de extrañar. Su hermana pequeña se había convertido en una experta de las huidas y en dejar que otros se ocuparan de recoger los pedazos. Había dejado los estudios, había huido y había abusado de las drogas y el alcohol en un intento desesperado por dejar atrás todo lo malo. Había seguido el ejemplo de sus inútiles padres, empeorando una mala situación.

Había creído que por fin su hermana había salido de aquel agujero y que empezaba a disfrutar de sus pequeños éxitos como modelo. Pero al parecer estaba equivocado.

Hagas lo que hagas, no llames a una agencia de niñeras. Te pedirán toda clase de información y, una vez que esté registrada, el padre de Nancie podrá dar con ella…

Pero ¿quién era el padre de aquella niña? ¿Estaba en peligro su hermana?

Su enfado y frustración dieron paso a un sentimiento de culpabilidad. Tenía que encontrarla y arreglar aquello, pero al ver al bebé agitarse, se dio cuenta de que tenía un problema más urgente.

Saffy se las había arreglado para llevar a la pequeña hasta su despacho sin que nadie se diera cuenta. Su prioridad era sacar al bebé del edificio antes de que empezara a llorar y la historia de su familia estuviera en boca de todos.

–¿Quiere que llame a una agencia? –preguntó Jake.

–¿Una agencia?

–Para encontrar una niñera.

–Sí… No…

Incluso si los miedos de Saffy no eran más que neurosis infundadas, no tenía dónde ubicar a una niñera. Su habitación ni siquiera estaba separada del resto de su apartamento, era una estancia a la que se accedía a través de una escalera de caracol.

No era un lugar para un bebé, pensó mientras fijaba la mirada en la posdata de la carta de Saffy.

Habla con May. Ella te ayudará.

Había subrayado aquellas palabras dos veces.

May Coleridge.

Estrujó el papel en su mano. No había hablado con May Coleridge desde que tenía dieciocho años. En el colegio, Saffy y ella habían estado en la misma clase y, aunque no habían sido íntimas amigas, ya que la gente como los Wavell no era bienvenida en Coleridge House, había habido cierta conexión entre ellas que nunca había logrado entender.

Claro que eso debía de ser probablemente lo que la

gente pensaba de su relación con May. Incluso en aquellos eventos sociales en los que se encontraban cara a cara, no había contacto visual entre ellos, tan sólo una fría corrección.

–¿Hay algo que pueda hacer?

Nadie podía hacer nada. Su familia era, como siempre había sido, un problema, pero era un asunto que quería dejar al margen del trabajo.

–Continúa trabajando en las cuestiones que surgieron en la reunión, Jake.

Miró el trozo de papel arrugado que tenía en la mano, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Después, tomó la chaqueta del respaldo de su asiento.

–Mantenme informado si surge algún problema. Me voy a casa.

Fue un gato el que sacó a May de sus pensamientos.

Su primera reacción ante la noticia de que estaba a punto de perder su casa había sido volver a su destartalada comodidad. No podía creerse el hecho de que, siendo el último miembro vivo de su familia, iba a perderlo todo: su hogar, su empresa y su futuro.

Aun así, no podía perder el tiempo. Tenía que volver a organizar su vida. Tenía que poner fin al negocio al que había llegado por accidente y al que se había dedicado durante los últimos años hasta convertirlo en algo propio.

Lo peor de todo era que iba a tener que contárselo a Robbie. También a Patsy y a las demás mujeres que trabajaban unas horas a la semana en la limpieza y en la cocina y que necesitaban aquel dinero para pagar sus gastos.

No podía permitirse el lujo de malgastar el tiempo

lamentándose. Apenas quedaba un mes para su cumpleaños.

Hasta el día anterior no le había preocupado su cumpleaños. Nunca había entendido por qué había gente que quería detener su edad en los veintinueve años.

De camino a casa, antes de que hubiera llegado al último banco del parque, sus piernas habían empezado a temblar y había tenido que detenerse. Desde allí, se veía el lago que, en tiempos, había formado parte de los terrenos de Coleridge House.

Había sido incapaz de encontrar las fuerzas para continuar. Era un lugar protegido y soleado y, a pesar de estar a primeros de noviembre, el día era cálido. Y mientras permaneciera sentada en aquel banco del parque, seguía siendo la señorita Mary Louise Coleridge de Coleridge House, alguien a quien respetar.

Su puesto en la sociedad de la ciudad y las invitaciones a participar en obras de caridad formaban parte de su vida. Analizándolo con frialdad, era evidente que no era a ella a la que querían, sino el nombre Coleridge para dar lustre a sus proyectos. Nadie llamaría a su puerta cuando no tuviera un gran salón en el que celebrar sus reuniones, seguidas de una buena comida. Coleridge House era una gran casa con un enorme jardín en el que disfrutar de sus eventos.

Fue un maullido lastimero lo que finalmente la sacó de sus pensamientos. Tardó unos segundos en ubicar al gato en la rama de un viejo árbol apartado del camino.

–¿Cómo has llegado hasta ahí?

Dado que la única respuesta que obtuvo fue un maullido más desesperado, se puso de pie y se acercó.

–Venga, puedes hacerlo –dijo confiando en que el gato volviera sobre sus pasos y bajara de la rama.

Miró alrededor, confiando en encontrar a alguien lo suficientemente alto como para bajarlo, pero no había nadie a la vista. Finalmente, cuando se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa, se quitó la chaqueta y los zapatos, y esquivando un charco, se agarró a la rama, buscó donde apoyar el pie y se subió.

Adam salió del edificio por el ascensor privado que daba al aparcamiento. Se arrepentía de haber ido caminando a la oficina, aprovechando la agradable temperatura. Esperaba tomar un taxi antes de llegar a la esquina, pero al no ver ninguno por allí, cruzó la calle al parque. Era un camino algo más largo para regresar a su casa, pero se aseguraba de no ver a nadie conocido.

Completamente ajeno a la belleza de la mañana otoñal, empujaba el carrito con una mano mientras con la otra llamaba a cualquiera que pudiera tener una pista sobre dónde estaba Saffy.

Su primera reacción tras descubrir a Nancie había sido llamar al teléfono móvil de su madre, pero lo había encontrado apagado. Le había dejado un mensaje en el buzón de voz pidiéndole que lo llamara, aunque no tenía mucha esperanza en que lo hiciera.

Diez minutos más tarde, de lo único de lo que estaba seguro era de que no sabía nada. Los nuevos inquilinos del apartamento, su agente, ya ex agente, e incluso su antigua compañera de piso no tenían ni idea de dónde estaba ella o Michel.

Se quedó mirando al bebé. Si bien el vaivén del cochecito había conseguido que volviera a dormirse, estaba seguro de que en breve empezaría a llorar pidiendo comida o un cambio de pañales.